



✠  
¡Viva Jesús!

Newman house, 9 de mayo de 2025,  
*Fiesta de santa Luisa de Marillac.*

Queridos amigos y amigas,

Después del gran don que Dios ha regalado a la Iglesia y al mundo en el Papa Francisco, los Eminentísimos Señores Cardenales, reunidos en el Conclave, dóciles a la inspiración del Espíritu Santo, han elegido al Cardenal Robert Francisco Prevost, como nuevo Sucesor del Apóstol san Pedro, y, por eso también como Obispo de Roma y Vicario de Cristo.

El Siervo de los siervos de Dios, 267º Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, ha asumido el nombre de León, vinculándose idealmente a las figuras de san León Magno, doctor de la Iglesia, y del Papa León XIII, cuyo nombre se asocia inmediatamente a la renovación teológica de principios del siglo XX, y, de modo especial a la encíclica *Rerum Novarum*, con la que se inauguró una serie de intervenciones de los Sumos Pontífices en materia social. En medio de un mundo que es testigo de tantas injusticias el Espíritu Santo, a través del Magisterio del Papa y la doctrina social de la Iglesia sigue mostrándonos el camino que nos conviene seguir para la construcción de un mundo verdaderamente humano.

La Iglesia, decía un gran teólogo contemporáneo, descansa sobre dos pilares: el principio mariano y el principio petrino. La naturaleza de la Iglesia se pone de manifiesto, ante todo en la santidad de sus hijos, es

decir, en la plenitud de la caridad, que brilla de modo especial la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, y junto a ella en su esposo san José. Por otra parte, la eficacia de la misión de la Iglesia no depende de nuestra voluntad, ni de nuestras capacidades e iniciativas, sino de la acción de Cristo resucitado. El don de la sucesión apostólica ligada al sacramento del orden es el que asegura esa presencia de Jesús en medio de nosotros: una cadena ininterrumpida que vincula a los obispos con los apóstoles elegidos y llamados por Nuestro Señor.

Por voluntad explícita de Cristo, Pedro ha sido constituido fundamento perpetuo y visible de la unidad de la Iglesia. El nuevo Papa tiene una conciencia muy viva del servicio que está llamado a prestar a la comunión de una Iglesia que es, al mismo tiempo sinodal y en salida, santa y siempre necesitada de reforma, pues solo por ese camino la comunidad cristiana podrá ofrecer luz a un mundo que es presa de tantos conflictos y divisiones.

En base a su primer mensaje, podríamos definir a León XIV como el Papa de la paz y de la comunión. Da la impresión que se trata de asuntos que ocupan un puesto central en su corazón de pastor, como se pone de manifiesto en su lema episcopal, el cual expresa precisamente esta idea: *«In Illo uno unum»*, palabras que San Agustín pronuncia en un sermón, la Exposición sobre el Salmo 127, para explicar que «aunque los cristianos somos muchos, en el único Cristo somos uno».

Los medios estarán ahora inundados de información, ofreciendo espacio a todas las voces, especialmente a las que ofrezcan un carácter de novedad. No olvidemos que los medios son negocios, y que se rigen por la búsqueda de ganancias económicas.

Nosotros poseemos otra medida: la de la fe. Por eso tenemos una profundísima certeza: Cristo ama a su Iglesia, se anticipa siempre con su Providencia, y la acompaña con continuas intervenciones de salvación. Como ha sucedido a lo largo de la historia, en el nuevo Papa podemos contemplar, ciertamente, la continuidad con procesos iniciados en los Pontificados anteriores, pero también un aire de novedad que nos ofrece esperanza.

Aunque con su primera aparición pública el nuevo Papa se ha ganado ya el corazón de los fieles, solo el paso del tiempo nos dará ocasión de conocerlo, y de escuchar, asimilar y secundar sus orientaciones. Ahora es el momento de la acción de gracias y de la plegaria por el Santo Padre y por la Iglesia. Es además, un buen momento para renovar con humildad y confianza nuestra profesión de fe.

Con independencia de preferencias y predicciones que cada uno se haya hecho, estamos todos llamados a abrir el corazón al Papa, pues él es el Vicario de Cristo, el dulce Cristo en la tierra –por usar las palabras de Santa Catalina de Siena–, y eso debe ser motivo suficiente como para que se suscite en nosotros una actitud espiritual marcada por la piedad filial, la humilde docilidad y la auténtica obediencia.

Que Dios bendiga, santifique y guíe al Santo Padre y, por su ministerio, conceda a la Iglesia toda clase de bendiciones, y al mundo la paz y la reconciliación: «Oh, Dios, que por designio de tu providencia quisiste edificar tu Iglesia sobre el bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, mira con amor a nuestro papa León y tú, que lo has constituido sucesor de Pedro, concédele la gracia de ser principio y fundamento visible de la unidad de fe y de comunión de tu pueblo. Por nuestro Señor Jesucristo» (Oración colecta de la Misa por el Papa, Misal Romano, tercera edición).

Unidos en Jesús y María,  
Los hermanos de la sociedad de san John Henry Newman.